



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La cultura estadounidense en la Nueva América

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1996). La cultura estadounidense en la Nueva América. *Cuadernos Americanos*, 1(55), 53-57.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 55, (enero-febrero de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA CULTURA ESTADOUNIDENSE EN LA NUEVA AMÉRICA

Por Leopoldo ZEA
PUDEL, UNAM

EL 4 DE JULIO DE 1776 entraba a la historia una nación, los Estados Unidos de América, pueblo que rompía con los avíos que le había impuesto Europa, primera nación antiimperialista y anticolonialista, enarbolando ideas que se hacen expresas en la Declaración de Independencia, como una nueva expresión de democracia y libertad: “Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales; que a todos les concede su creador ciertos derechos inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos los hombres instituyen gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que siempre que una forma de gobierno tiende a destruir esos fines, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, a instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios y a organizar sus poderes en aquella forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y su felicidad”.

Todos los hombres nacen iguales, declaración que repercutirá de inmediato en diversos lugares de la tierra, incluida Europa, en la *Declaración de los Derechos del Hombre* de la Revolución Francesa de 1789 y a lo largo de la América al Sur, justificando la lucha contra viejos coloniajes. En 1815, desde Kingston, Jamaica, Simón Bolívar habla de la misma libertad pero a nivel continental, a partir del respeto a la ineludible igualdad de hombres y pueblos. Expresa: “Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo”. Alcanzada la emancipación política, imaginaba que de allí surgiría una nueva y gran nación que cubriría el universo entero: “En la marcha de los siglos, podría encontrarse quizá una sola nación cubriendo el universo, la federal”. Nación de naciones formada por hombres y pueblos iguales entre sí a partir precisamente

de sus ineludibles desigualdades pero capaces de solidarizarse por la razón.

Pocos años después de fundados los Estados Unidos, sus creadores mostraron su preocupación por preservar los principios que le habían dado origen. George Washington, en el discurso de despedida como primer presidente, el 17 de septiembre de 1776, y Thomas Jefferson, en su toma de posesión, el 4 de marzo de 1801, harán patente esta preocupación. Washington alerta al país: "Contra las artes insidiosas de la influencia extraña —dice— debe estar constantemente alerta el celo de un pueblo libre, puesto que la historia y la experiencia demuestran que la influencia extraña es uno de los enemigos más funestos del gobierno republicano". Hay que evitar involucrarse con otros pueblos, incluidos los europeos. "¿Por qué —se pregunta— hemos de enredar nuestra paz y prosperidad en las redes de la ambición, la rivalidad, el interés o el capricho europeos, entreverando nuestros destinos con los de cualquier otra parte de Europa?... Nuestra verdadera política es apartarnos de alianzas permanentes con cualquier parte del mundo extranjero".

Thomas Jefferson había sido embajador de los Estados Unidos en Francia y testigo de los inicios de una revolución que partía de los mismos principios que los estadounidenses, pero para cuya realización usaba la violencia, lo cual encontraba repugnante. Jefferson prevenía contra esta intolerancia: "Y reflexionemos que, habiendo desterrado de nuestra patria a la intolerancia religiosa que tanta sangre y sufrimiento costó a la humanidad, poco habríamos ganado si aceptásemos una intolerancia política igualmente despótica, perversa y capaz de persecuciones encarnizadas y sangrientas... durante el estertor y convulsiones del Viejo Mundo, durante los espasmos angustiosos del hombre exasperado que con sangre y matanzas buscaba su libertad..., no era de extrañar que la agitación la sintieran y temieran unos más y otros menos y que la opinión se dividiera acerca de las medidas a adoptar... Atengámonos, pues, con coraje y confianza a nuestro apego a la Unión y al régimen representativo".

La nación que cubriese el universo soñado de Bolívar estaba descartada para la nación que surgió al Norte del Continente. Los Estados Unidos sólo estaban preocupados por preservar los principios que la animaban, ya defendidos del exterior por la naturaleza misma: "Bondadosamente apartados por la naturaleza y un ancho océano del exterminador caos de una cuarta parte del globo —dice Jefferson—; de espíritu demasiado elevado para soportar la degradación de los demás; poseedores de un país elegido, con espacios

suficientes para nuestros descendientes durante mil generaciones y más; con el sentido de nuestra igualdad de derechos para valerlos de nuestras propias facultades, de las obras de nuestros propios esfuerzos, para gozar del honor y la confianza de nuestros conciudadanos, no por privilegio de nacimiento, sino por nuestros actos y la opinión que aquéllos nos merecen. . adorando una Providencia superior que con todas sus bendiciones demuestra que le satisface la felicidad del hombre en esta vida y su mayor bienaventuranza en la otra; contando con todas estas bendiciones, ¿qué más necesitamos para ser un pueblo feliz y próspero?’’.

Estados Unidos, región de América, apartada por la misma naturaleza de las tierras de las que eran originarios sus hombres, Europa. De la brutal Europa que había impuesto coloniajes y ahora se desgarraba entre sí por hacer realidad los mismos principios que la nueva nación había alcanzado sin violencia. En cuanto al Sur, pueblos extraños, mestizos y que no habían roto con el despotismo que por siglos les había impuesto la Europa mestiza semejante a sus súbditos en América. Sobre la identidad de esta América se preguntaba Simón Bolívar diciendo: ‘‘Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de África y América; pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia’’.

Preocupación que no podía existir en la ínsula de libertad y prosperidad creada con la bendición de una provincia superior que eran los Estados Unidos. Nación defendida por la naturaleza, por un ancho océano que la separaba de la brutalidad de revoluciones como las europeas, y de esa extraña humanidad multirracial, multicultural y mestiza, y por ello incapacitada para alcanzar la felicidad y prosperidad destinada a ser alcanzada por la otra América.

¿Pero qué había pasado con los primitivos habitantes de las tierras en las que se levantaban los Estados Unidos? ¿Qué había pasado con los esclavos traídos de África? Los primeros habitantes mostraron su incapacidad para ser parte de la nueva nación y por ello fueron exterminados o confinados. El presidente Andrew Jackson,

que en 1835 decreta una nueva expulsión de los iroqueses, no siente compasión alguna cuando éstos en un Memorial le dicen: "Nuestra causa es la misma causa vuestra. Es la causa de la libertad y la justicia, las cuales hemos aprendido de vosotros mismos; porque nosotros nos gloriamos con considerar a vuestro Washington y a vuestro Jefferson como nuestros grandes maestros". Hiciera lo que hiciera esta gente, nunca sería semejante a los hombres a quienes se dirigieron Washington y Jefferson. La expulsión fue cumplida. En cuanto a los africanos, tanto Washington como Jefferson poseían esclavos que compraban o les eran donados, como cualquier objeto de la naturaleza. Pero igualmente mal vistos dentro de esta comunidad eran los papistas irlandeses y los judíos.

Sin embargo, en defensa de esta ínsula de libertad y prosperidad la nueva nación se vio obligada a empujar sus fronteras hacia el sur y hacia el oeste. Cuando esta marcha de fronteras terminó consideró necesario extenderla hacia el Sur del continente, el Caribe y el Pacífico, desplazando a los colonizadores europeos, y sobre el resto del mundo.

Así, sin proponérselo, contra las prevenciones de los fundadores de la Nación, los Estados Unidos se fueron enredando con razas y culturas distintas: latinas, africanas, asiáticas que se sumaron a los confinados indígenas y los esclavizados africanos. Dentro de la América de los Washington y los Jefferson entraba gente semejante a la que integraba la América mestiza de Simón Bolívar. Gente vista como inferior y por ello sin los derechos que para sí reclamaban los estadounidenses. ¿Qué hacer con esta gente? ¿Marginalarla, confinarla, aunque expandiéndose sobre lejanas regiones de la tierra para acrecentar la ínsula de libertad? Así se llegó a nuestros días, en los que la ya masiva presencia de esta nueva gente está mostrando de los Estados Unidos una nueva imagen: un país más grande, más rico, multirracial y multicultural, cada vez más semejante a la otra América. Se hacían posibles los sueños de los libertadores de esta región como Bolívar, sin negar, sino completando los ideales de los libertadores de la América Sajona.

A lo largo de casi dos siglos se habló de la América Sajona y la América Latina, de la América como ínsula unirracial y unicultural y de la América multirracial y multicultural. La América de los grandes fundadores de la nación estadounidense y la América poblada por la que José Vasconcelos llamó raza cósmica. Raza que no era raza, sino capacidad para incorporar dentro de sí a la multiplicidad de expresiones del hombre sin discriminación alguna. Los

Estados Unidos de este fin el siglo xx son ya distintos de aquellos en los que pensaron Washington y Jefferson, aunque los principios que animaron a éstos siguen siendo válidos para los nuevos americanos.

Tal es la nueva América, la América estadounidense y la América continental. Integradas la América de Washington y Jefferson y la América de Bolívar, Morelos, San Martín. Sin embargo aún existe en los Estados Unidos gente empeñada en mantener la vieja división interna y externa, racial y cultural, gente que se resiste a compartir valores que deben serlo de todos los hombres. Los problemas que se plantean ahora a Estados Unidos son problemas culturales de crecimiento, los problemas propios de la Nueva América.

Publicamos aquí una serie de trabajos sobre una expresión de la nueva América y Estados Unidos, multirracial y multicultural. Trabajos sobre la literatura chicana, originada en los mismos Estados Unidos, estadounidense también sin por ello tener que renunciar a su propia identidad. Un grupo de trabajos fue coordinado y preparado por Miriam Bornstein y Oscar U. Somoza, del Departamento de Lenguas Extranjeras de la Universidad de Denver, Colorado. A este grupo agregamos los trabajos de tema afín preparados por nuestros colaboradores Santa Arias, María Rosa Palazón y Antonio Prieto Stambaugh. *Cuadernos Americanos* mantiene así su preocupación por hacer patentes las diversas expresiones de este nuestro continente.